





El libro de la Gramática Vital



José Carlos Aranda

El libro de la Gramática Vital

Apuntes para vivir y escribir mejor la novela de tu vida

Con prólogo de Manuel Pimentel,
autor de *El libro de la Escritura Vital*



ALMUZARA
2010

© JOSÉ CARLOS ARANDA, 2010

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2010

Primera edición: noviembre de 2010

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Colección BIBLIOTECA DE DESARROLLO PERSONAL

EDITORIAL ALMUZARA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ

Editor: JAVIER ORTEGA

www.editorialalmuzara.com

pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

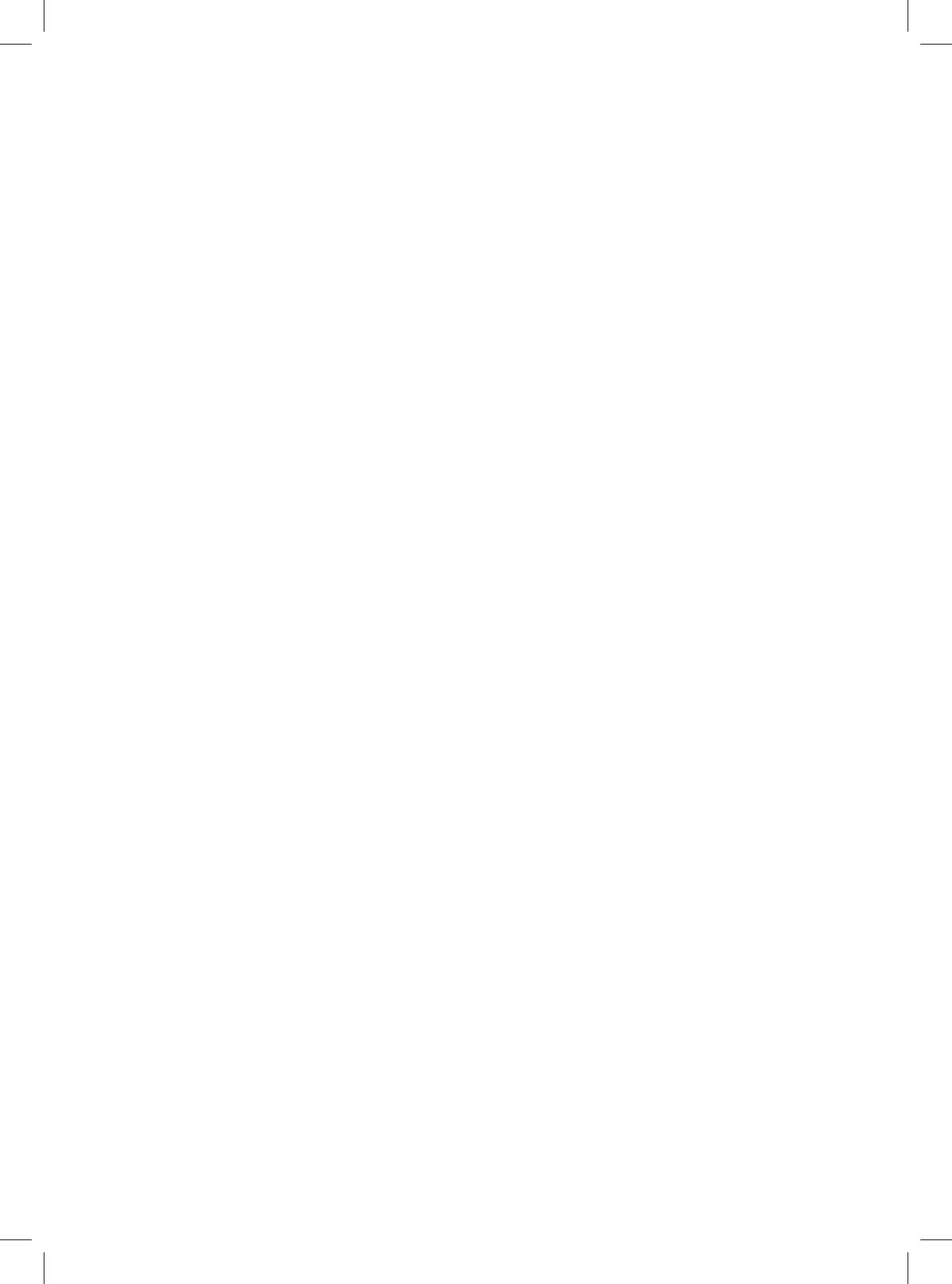
I.S.B.N: 978-84-92924-64-6

Depósito Legal: J-1235-2010

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

ÍNDICE





<i>PRÓLOGO. LA GRAMÁTICA DE NUESTRAS VIDAS.....</i>	15
<i>INTRODUCCIÓN.....</i>	21
El libro que tienes entre tus manos.....	25
CAPÍTULO I. LAS IDEAS CLARAS.....	31
Tu novela vital ya ha comenzado	31
Y alguien está ya leyendo lo que escribes.....	33
Todo inicio es difícil pero sin tensión no hay movimiento ...	35
La cultura multiplica tus posibilidades	37
La sociedad impone sus normas, tú decides tus actos	43
Todo cambia con el tiempo: saber adaptarse	46
Eres libre, pero estás condenado a entenderte	47
¿De verdad crees que todo depende de la suerte?	50
Cada experiencia tiene su momento	55
Sólo tú manejas las claves de tu vida	60
Mírate en el espejo: ¿cómo te ven los demás?	65
Si relacionas elementos, tienes inteligencia operativa.....	67
Pero no puede existir acción operativa sin intención.....	69
Aprendes a disfrutar el éxito cuando conoces el fracaso	71
CAPÍTULO II. DE LOS ACTOS COTIDIANOS	77
1. Planos fonético y fonológico.....	77
O cuidas los cimientos, o mejor no levantes la casa	77
¿Con qué edad aprendiste a atarte los cordones?.....	79
Aprendemos equivocándonos.....	81

Vale lo que vale (los rasgos distintivos)	83
2: Lo que buscamos, deseamos, queremos, determina nuestros actos cotidianos. El plano léxico	89
Dame un porqué y te daré un cómo.....	89
Para una tuerca, una llave inglesa.....	93
El uso de una herramienta determina su forma	95
Falta la herramienta que necesitas: la creatividad	96
Las herramientas de tu mente (clases de palabras).....	98
CAPÍTULO III. CUANDO LOGRAS LO QUE QUIERES.....	183
1. El plano sintáctico	183
Sólo cuando logras lo que quieres, la acción cobra sentido (concepto de oración)	184
El viaje más largo siempre empieza por el primer paso (sobre oraciones simples y compuestas)	186
O lo haces tú, o pides ayuda, o la exiges (clases de oraciones según tu actitud ante el receptor)	188
¿Eres alguien asertivo o negativo?, ¿dubitativo o desiderativo? (Clases de oraciones según tu actitud ante lo que vives) .	190
Necesitarás ayuda, hay que saber pedirla (clases de oraciones según el predicado).....	194
2: De la teoría a la práctica: claves para la sintaxis vital	199
¿Con cuánta memoria ram te mueves en la vida?	199
¿Hay un sistema operativo del comportamiento? (De la coherencia de tus actos)	203
Si quieres más posibilidades, aprende a combinar (sintaxis de la oración compuesta)	212
CAPÍTULO IV. GRAMÁTICA VITAL:	
DE LA ACCIÓN AL RELATO	229
Cuando todo empieza a tener sentido.....	229
Decide si quieres vivir o ser vivido. Un punto de partida	232
«[...] Caminante no hay camino [...]»	235
Conoce las reglas de juego para hacerlas tus aliadas	238

Empieza por definir a tu personaje.....	240
Y tu personaje necesita una hoja de ruta: tu guía vital	246
Actúa en coherencia con tu guía vital.....	249
¿Quieres saber si eres coherente? Haz este test.....	251
Visualiza tu destino para mantener el rumbo firme	260
El viento puede empujar de cola o frenar de frente.....	263
Los sentimientos son nuestro impulso vital.....	267
No temas a los sentimientos, son necesarios	272
No sólo se educan las conductas, también los sentimientos..	274
Estos son mis principios, si no le gustan tengo otros	276
Aprende a gestionar tus sentimientos.....	279
Vámonos de viaje, ¿te apetece?.....	284
Quiero ser libre, no quiero ataduras en mi vida	286
No estás solo en esta aventura, hay otros personajes	289
La tensión entre los personajes condiciona su conducta	291

CAPÍTULO V. CLAVES DE REDACCIÓN

PARA BUENOS ESCRITORES VITALES.....	295
Vive con toda la intensidad de que seas capaz	296
Fija etapas en tu camino	298
Vive sin miedo.....	300
Escucha al niño que hay en tí.....	303
La verdad empieza por uno mismo: quiérete.....	305
Recupera el placer de las cosas pequeñas.....	307
La coherencia como clave.....	310
La virtud del término medio	313
El orden es importante	315
Disfruta del camino	317
Haz de la esperanza tu aliada, tu compañera	319
Y deja siempre que el amor guíe tus actos.....	321

<i>EPÍLOGO</i>	325
----------------------	-----



PRÓLOGO



LA GRAMÁTICA DE NUESTRAS VIDAS

Te acercas, querido lector, a un libro de especial belleza y, sobre todo, de gran utilidad. Vas a comprender con facilidad la ciencia de la gramática al tiempo que ahondas en la comprensión de tu propia vida. Aprenderás de gramática y de tu realidad singular. Mejorarás tu lenguaje y obtendrás herramientas de suma utilidad en tu particular camino hacia la felicidad. ¿Y qué tiene que ver —podrías preguntarnos— la gramática con mi vida? ¿Cómo puede serme útil un conjunto de profusas y oscuras leyes gramaticales en mi lucha cotidiana? Pues mucho más de lo que puedes creer, en principio; tus actos están determinados por tus pensamientos y tus pensamientos los formulas con palabras, frases, oraciones... hasta el punto de que, con frecuencia, resulta difícil discernir si la lengua que aprendemos en la infancia condiciona nuestro pensamiento y nuestra conducta o al contrario. El maestro José Carlos Aranda se encargará de llevarte de la mano a través de la sabiduría que encierra esta gramática vital.

La gramática vital es parte esencial del concepto de escri-

tura vital y se basa en un principio bien simple: tu vida es una novela que protagonizas y que escribes con tus acciones, tus decisiones y tus palabras. Seguro que mil veces habrás pensado que te ocurren cosas que ni siquiera el guionista más osado hubiera sido jamás capaz de imaginar. Tu vida es una novela, y, al igual que un novelista escribe su obra con sus palabras, tú escribes cada día su argumento con tus actos. Por eso, además de protagonista, podemos considerarte también como tu propio escritor. Y si llamamos escritores a las personas que escriben novelas, bautizaremos como «escritores vitales» a las personas que aspiran a mejorar la novela de su propia vida.

Eres el personaje principal de una trama en la que se entremezclan pasiones, amores, ilusiones y frustraciones. Piénsalo. Ningún condimento de la novela es ajeno a tu propia existencia. Un buen novelista sabe que debe caracterizar psicológicamente a sus personajes, por lo que los muestran sutilmente a través de su comportamiento, sin necesidad de describirlos explícitamente. No nos cuentan *cómo* son, sino *lo que* hacen. Y comprendemos sin más; somos los lectores los que descubrimos su profundidad y esencia al seguirlos a lo largo de la trama. Te formas una idea del personaje al ver lo que hace y lo que dice. Igual les ocurre a los demás contigo. No conocen a tu persona, conocen al personaje que tú muestras al exterior. No eres como te ves, ni mucho menos como te crees que eres. Raymond Carver escribió al respecto una frase que me impresionó: «Tú no eres tu personaje, pero tu personaje sí eres tú». En efecto, piensas que eres una persona distinta a la que los demás ven; que posees un interior mucho más rico, complejo y sensible del que aprecian los que te rodean; que nadie te conoce bien... Escucho con paciencia tu opinión equivocada. No tienes razón. Tú no eres como crees que eres. Eres como actúas. Lo que los demás ven de ti es el personaje que has construido con tu conducta. Tu personaje se acerca más a tu

realidad que el concepto que tú tienes de ti mismo; es más real que tu propia percepción como persona, por más que te duela reconocerlo.

Eres el personaje principal de la novela de tu vida, aunque en muchas ocasiones no ostentes el papel de protagonista. Es posible que hayas vivido hasta ahora como un figurante secundario, relegado por las iniciativas de los demás. Pero cuando entiendas bien a tu personaje, con sus talentos, sus limitaciones y sus circunstancias, podrás marcarte el ambicioso objetivo de adquirir un mayor protagonismo en tu existencia. Esta Gramática Vital te supondrá un sólido apoyo para conseguirlo.

Al igual que los escritores mejoran su estilo con esfuerzo y preparación, tú puedes perfeccionar tu propia novela. La escritura vital conlleva la capacidad de reconocer a nuestro personaje, de comprender en su conjunto la novela que vivimos y la posibilidad de mejorarla a través de un método basado en las técnicas literarias y gramaticales que utilizan los grandes escritores. Ya lo sabes: la vida de cada uno de nosotros es una novela; escribimos su argumento con la tinta indeleble de los actos y las decisiones de cada día. Tu novela no sólo depende de un destino ciego y azaroso: puedes orientarla una vez que hayas comprendido el poder que atesoras como escritor vital y con los abundantes recursos que la gramática vital te proporciona. El lenguaje es un sistema complejo asombrosamente evolucionado, casi perfecto. Nos basaremos en sus reglas y principios para vivir de forma más plena. Y al igual que la escritura se basa en una gramática, la vida tiene su propia gramática vital, como nos muestra magistralmente José Carlos Aranda.

El adecuado conocimiento de la gramática es inexcusable para cualquiera que se aventure a escribir. Un escritor competente debe conocer su código lingüístico, expresarse con una correcta ortografía, estar ducho en las reglas de morfosintaxis y poseer un léxico rico. Al igual que para el escritor es inexcusable

sable el conocimiento de la gramática, el escritor vital también deberá conocer los rudimentos de su gramática vital. Según el diccionario, la expresión Gramática posee dos acepciones: «Arte de hablar y escribir correctamente una lengua», así como «Ciencia que estudia los elementos de una lengua y sus combinaciones». La gramática vital será, por tanto, «El arte de vivir correctamente la novela de la vida de cada uno, así como la ciencia que estudia los elementos de la escritura vital y sus posibles combinaciones».

El lenguaje de la vida es un sistema complejo en el que todos sus elementos se encuentran íntimamente interrelacionados. Para el escritor vital, la unidad elemental es la acción. Se escribe vitalmente a través de los actos. Una acción en uno u otro sentido acarreará consecuencias distintas que determinará el rumbo de las vidas diferentes. Pero las acciones que emprendemos dependen de cómo entendemos nuestro personaje y de cómo nos relacionamos con el mundo que nos rodea, y las palabras son la llave a través de la cual comprendemos, clasificamos y analizamos esas realidades. Por eso, podemos entenderlo a través de la gramática: la sintaxis nos permite construir frases correctas y con sentido. El conjunto de nuestras acciones debe organizarse para conseguir los fines perseguidos a través de la lógica de la sintaxis vital. Un escritor debe poseer un léxico rico, que le permita escoger la palabra más adecuada para cada situación. Los talentos y conocimientos que atesore el escritor vital compondrán su léxico. A mayor riqueza, mejores posibilidades de avanzar hacia sus sueños y deseos.

Como botón de muestra, puedes observar en el siguiente cuadro el paralelismo entre los campos gramaticales y los de la vida. Precisamente ahí radica su enorme utilidad:

CAMPOS GRAMATICALES	ESCRITURA	ESCRITURA VITAL
Fonética	Conjunto de los sonidos de un idioma.	Cómo realizamos actos básicos. Cómo les «suenan» a los demás esas acciones elementales.
Ortografía	Cómo se escriben bien las palabras, mediante el acertado empleo de las letras y de los signos auxiliares de la escritura.	Cómo los actos realizados se combinan de una forma correcta según el código de conducta socializada.
Léxico	Vocabulario, conjunto de las palabras de un idioma. Capacidad de usar las palabras adecuadas	Conjunto de talentos y conocimientos que atesora una persona.
Morfología	Clasificación e identificación de las distintas clases de palabras.	Cómo los actos son diferentes y comportan distintas capacidades y fines.
Sintaxis	Cómo se escriben las frases. Parte de la gramática que enseña a coordinar y unir las palabras para formar oraciones y expresar conceptos.	Cómo se relacionan nuestros actos para producir acciones complejas capaces de lograr fines concretos.

Te dejo, querido lector, en las mejores manos, las del lingüista y humanista José Carlos Aranda. Te aseguro que disfruté y aprendí con la lectura de su manuscrito. Te llega ahora la obra completa, repasada y finalizada. A partir de sus reflexiones y del diálogo permanente que te plantean, te aseguro, escribirás con mayor propiedad y acierto la novela de tu vida.

Manuel Pimentel Siles

INTRODUCCIÓN

La lengua, como la vida, es algo mágico. Desde siempre me atrapó ese enorme misterio: ¿cómo puedo crear y expresar ideas?; ¿cómo es posible que alguien las oiga y las comprenda?; ¿cómo pueden las palabras amar, odiar, sonreír o ensombrecer nuestra realidad? He dedicado buena parte de mi vida a tratar de comprender ese maravilloso don que nos fue regalado al nacer junto con nuestra naturaleza humana. En el transcurso del tiempo, he comprendido que la propia vida es el primer y más maravilloso regalo que poseemos y que, curiosamente, se mueve al son de unas pautas, de unos ritmos, de unas cadencias que guardan una enorme simetría con la lengua. ¿Parece una locura? No lo es; la locura es creer que nuestra vida la mueve el azar y que lo que experimentamos es exclusivamente fruto de la buena o la mala suerte. Cada acto tiene sus consecuencias, y las consecuencias nos obligan a actuar de nuevo en una cadena ininterrumpida. ¿Por qué no se te ocurre darle una bofetada al primer desconocido que se cruza en tu camino? Perdona que empiece con una reducción al absurdo, pero es para que constates la evidencia de que no «actúas» porque sí; mides tus acciones y no realizas aquello que carece de sentido.

Todos conocemos a personas que tienen serias dificultades para comunicarse con los demás —lo que no suele sino ser

un reflejo de las dificultades que tenemos para comunicarnos con nosotros mismos—. En mayor o menor medida, a todos nos asaltan serias dudas cuando debemos dirigirnos a un auditorio. ¿Seremos o no capaces de transmitir lo que queremos decir? ¿Lo haremos correctamente o no? ¿Lograremos siquiera captar la atención de quienes nos escuchan? Sabemos que no es fácil, que a veces partimos de unas deficiencias previas, de unas costumbres mal adquiridas; pero también sabemos que hay técnicas para mejorar nuestra capacidad de comunicación y que, si dedicamos tiempo a adiestrarnos en estas técnicas conseguiremos resultados. Puede que no lleguemos a ser Cicerón, pero nuestra competencia comunicativa mejorará sin duda. El aprendizaje es lento y requiere una atención continua. Todos cometemos errores, de hecho, el error es el camino hacia un aprendizaje correcto; pero la perseverancia en el error es signo de torpeza y puede suponer un serio impedimento para nuestro desarrollo personal.

De la misma forma, cuando no logramos hacer de nuestra vida un acto de comunicación permanente, sufrimos nuestras frustraciones en lugar de disfrutar de nuestros triunfos. La aventura de nuestra vida es una novela. Como todo texto, en sí, es la unidad de comunicación más compleja que podemos diseñar, y la única que de verdad importa. Cada uno de nosotros somos el héroe de nuestra propia historia y la escribimos con cada uno de nuestros actos, con cada una de las decisiones que tomamos día a día. Como una buena novela, nuestra vida se compone de capítulos, ciclos vitales que guardan entre sí una coherencia interna, la etapa de infancia, la adolescencia y el colegio, la juventud y la universidad o nuestro primer trabajo, nuestro primer amor, los hijos... El punto final es la muerte. Y mientras vivimos, cada día, escribimos una nueva página. ¿Podemos influir en los acontecimientos que vivimos? En el párrafo anterior afirmaba que todos sabemos que exis-

ten técnicas para adiestrarnos en ser mejores comunicadores, también existen técnicas para lograr una vida más plena y que el final de nuestra novela, esa recapitulación de la historia, sea feliz. Pero requiere aprendizaje, esfuerzo y atención continua. El estudio de la gramática vital puede ayudarnos a comprender las claves.

La idea que nos va a acompañar a través de esta gramática es que la lengua estructura, forma y define nuestra mente, nuestros sentimientos, nuestra forma de percibir la realidad y, lo más complejo, la forma de interactuar con los demás. Pero seamos claros desde el primer momento: el conocimiento de la gramática vital no es un salvoconducto para el éxito y la felicidad, como tampoco el conocimiento de la gramática nos convierte por sí mismo en grandes pensadores o grandes comunicadores. Es una herramienta, quizás la más útil que podamos encontrar, pero como toda buena herramienta necesita de un buen oficio y de una obra en que merezca la pena emplearse. Permitidme que me apoye en un chiste popular que ilustre esta afirmación: cuentan que un padre presumía muy ufano de que su hija, con dieciséis años, ya dominaba cuatro idiomas: además del español, el inglés, el alemán y el francés. El otro padre, ensimismado y cabizbajo, le responde: «Si tú supieras que lo que a mí de verdad me preocupa es que la mía tenga algo que decir, aunque sea en una sola lengua». Debemos, pues, no estar atentos sólo a la teoría, sino a cómo podemos integrar en nuestra vida diaria nuestros conocimientos para ponerlos al servicio de nuestro proyecto vital, cualquiera que éste sea, y eso tendrás que definirlo tú mismo siguiendo las pautas de la retórica clásica: primero «inventio», saber qué quieres, luego «dispositio», planificar y estructurar cómo vas a ejecutarlo, y por último, «expositio», hacerlo realidad, es decir, vivir la vida que has elegido vivir.



EL LIBRO QUE TIENES ENTRE TUS MANOS

Un buen escritor requiere de un buen oficio, conocimiento de la lengua que utiliza y de las técnicas de composición. Cuando escribimos no lo hacemos por el hecho en sí de escribir, lo hacemos porque tenemos algo que decir, algo a lo que contestar, algo que transmitir o ante lo que reaccionar, y, además, porque deseamos que lo escrito permanezca y tenga una trascendencia, lo que trae consigo la preocupación por el estilo, por el cómo lo decimos. Si me preguntáis que es lo determinante de un escritor, os respondería que su estado de conciencia; el hecho de que es consciente de que escribe y es consciente de su responsabilidad ante lo que dice y cómo lo dice.

Sepárate ahora de ti mismo y contéplate desde fuera como si tu vida fuera un relato que estuvieras escribiendo con tus propias acciones. De la misma forma que en la novela tenemos un planteamiento, un nudo y un desenlace, los distintos instantes de tu vida tienen un comienzo, un desarrollo y una conclusión. Como en el caso anterior, la diferencia entre un buen escritor y otro que no lo es, estará en que el buen escritor es consciente de lo que quiere transmitir y se detiene en medir y seleccionar la forma de su mensaje para que pueda permanecer y dotarlo de una trascendencia en el tiempo. De eso se

trata, de asumir la conciencia de nuestros actos y, así, mejorar nuestra redacción vital.

El conocimiento de la gramática es necesario porque la gramática es el estudio del comportamiento del sistema de la lengua, de sus unidades, de sus relaciones. La gramática nos ayuda porque es el punto de referencia hacia el qué mirar cuando dudamos o no sabemos exactamente el significado, la pronunciación, el uso de las palabras. Cuando cayó el Imperio Romano, el latín dejó de existir porque no había quien cuidara la gramática, y los usos locales derivaron en lenguas diferentes hasta que sus hablantes fueron incapaces de entenderse. Ese poder entenderse gracias a unas normas comunes, el garantizar que lo que digas va a poder ser entendido, ese es el poder de la gramática. Es evidente que el estudio de la fonética, de cómo debe pronunciarse cada sonido, no te va a hacer, por sí mismo, hablar con una dicción perfecta; pero también está claro que tendrás más oportunidades de comunicarte si sabes cómo debes pronunciar un sonido para que los demás te entiendan; eso te permitirá intentarlo y nos facilitará a todos la comprensión de tu discurso. Hay autores que inician la gramática despreciando las humildes unidades mínimas porque son un rollo (Ángel Grijelbo en su *Gramática descomplicada* (Taurus, 2006) opina que es un conocimiento prescindible «[...] muy interesantes, desde luego, a la vez que prescindibles [...]» —la intención de su gramática justifica su discurso—). Yo no estaría tan seguro. Los elementos, rasgos y caracteres que hacen que la lengua funcione existen ya en estas unidades mínimas y es conveniente conocer cómo funcionan porque en ellas ya está presente el gran misterio de la comunicación: el principio de economía lógica. Por eso, vamos a pensar en la vida a partir de las unidades mínimas de comportamiento, los actos, hasta alcanzar con nuestra reflexión la unidad más compleja: el texto, la propia vida. Para lograrlo vamos a seguir la estructura

de la gramática convencional con algunas modificaciones. En el primer capítulo, nos centraremos en la lengua como sistema de comunicación: cualquier lengua participa por serlo de una serie de caracteres que son claves, que la condicionan y la diferencian de cualquier otro sistema de comunicación humano o animal. También nuestra vida, curiosamente, participa de estos caracteres: linealidad, reflexividad, doble articulación, significativo y significado en los actos, idea frente a realidad... Nos servirá a modo de reflexión preliminar empezando por concretar qué entendemos por cultura lingüística y vital.

A partir de aquí, analizaremos cada uno de los niveles tradicionales en cualquier gramática clásica: empezaremos por la fonética y fonología, seguiremos con la morfología y terminaremos con la sintaxis. No quiero que te asustes con los tecnicismos que empleamos, aprenderemos lengua y repasaremos conceptos que quizás no hayas visto desde que estudiabas en el Colegio o en el Instituto, pero con un enfoque completamente distinto que te lo hará más cercano y útil: quizás ahora comprendas mucho más allá de los cuadros nemotécnicos, porque lo que nos importa no es la lengua en sí misma, sino el comprender cómo cada uno de los elementos de la lengua influye en tu percepción de la realidad y, de esta forma, puede condicionar nuestra forma de actuar, de conducirnos en la vida. Y la vida, como la lengua, puede descomponerse en unidades menores, ciclos vitales —niñez, adolescencia, madurez, vejez— que mantienen entre sí relaciones de coherencia. Si descendemos un poco más, cada uno de estos ciclos vitales se compone a su vez de secuencias, y las secuencias de actos. Los actos serían la unidad mínima de nuestro comportamiento. En el capítulo II, veremos cómo los actos mínimos —sonidos— nos conducen hasta conjuntos relacionados, ciclos vitales, que interpretamos en un significado determinado —palabras—. Y cómo los ciclos vitales se combinan en secuencias amplias a las

que dotamos de un sentido; estaremos en la sintaxis, de la que nos ocuparemos en el capítulo III.

Pero la vida no se agota en una secuencia actancial por muy larga que ésta sea. Tampoco la gramática puede agotarse en el nivel sintáctico porque la oración se inserta en un contexto más amplio que condiciona su significado: el texto. En efecto, el conjunto de actos, secuencias y ciclos vitales está encaminado a componer un relato completo, el relato que componemos a lo largo de toda nuestra vida. En él van a intervenir e influir otros factores que nos condicionan: la sociedad, el entorno, los amigos, las motivaciones internas... Estos factores son el objeto de estudio de un nuevo modelo gramatical que se ha dado en llamar «gramática textual». En el capítulo IV consideramos los elementos anteriores como parte de un conjunto que se ha dispuesto buscando una finalidad concreta. Toda novela cuenta una historia, cada vida también y tu vida ahora mismo es tu propia historia.

De la misma forma que un error ortográfico, una palabra mal usada en su contexto o una estructura sintáctica mal construida dificultan la comprensión del texto, los errores en la ejecución de nuestros actos, de nuestros ciclos o de nuestras secuencias vitales, dificultan la fluidez y el sentido de nuestras vidas. Es posible que, a lo largo de la lectura, te encuentres perdido. También nos sucede en el día a día, no sabes exactamente cómo interpretar lo que te está ocurriendo. No te preocupes, conforme avancemos de nivel irás comprendiendo la maravillosa trabazón de la vida a través de la lengua. Cuando estudias la sintaxis comprendes por qué el sustantivo tiene género, pero no alternancia de género —salvo excepciones—, frente al adjetivo y el determinante que sí lo tienen. Entonces comprendes por qué el verbo es tan complejo en su composición. Dicho de otra forma, hasta que no ves el elemento colocado en su lugar y desempeñando la función que le es propia, no alcan-

zamos a comprender la utilidad de todos y cada uno de los rasgos presentes en el elemento. Lo mismo nos ocurre continuamente en nuestra vida. A medida que avanzamos en edad y conocimiento, comprendemos mejor el sentido y la función de episodios que vivimos y cuya trascendencia o importancia en nuestro futuro nos resultaba un misterio en el momento de la experiencia. Por eso, a medida que avances, comprenderás mejor el sentido de la obra que tienes ante ti.

A modo de epílogo, en el capítulo V, te propondré algunas ideas que pueden ayudarte a diseñar el sentido de tu novela vital. Unas últimas reflexiones sobre carencias y necesidades de nuestra sociedad en general, y de nosotros en particular, que entorpecen nuestra meta: vivir en armonía con nosotros mismos y con los demás.

Si eres una persona feliz, cierra este libro. Si crees que tu redacción vital aún puede mejorarse, que hay aspectos en tu vida que no encajan, que no acabas de encontrar el discurso adecuado, entonces, acompáñame en estas reflexiones y mantente activo porque vamos a dialogar mucho a lo largo de estas páginas.



CAPÍTULO I. LAS IDEAS CLARAS

TU NOVELA VITAL YA HA COMENZADO

Cuando hacemos estas reflexiones, ninguno de nosotros recuerda cómo empezó a hablar ni las dificultades que ello le supuso. Tampoco recordamos cómo empezamos a vivir. Sin embargo, somos el único ser vivo que continuamente se replantea el sentido de su vida. De la misma forma que hablamos de forma inconsciente y transmitimos nuestros conocimientos y sentimientos a través de la lengua, vivir es igual de fácil, basta con respirar. Está bien reflexionar sobre los condicionantes y reglas que nos obligan para decidir qué opciones vitales son las mejores en nuestro relato, pero sin olvidar nunca que la vida se justifica en sí misma. Necesitas, todos necesitamos, una actitud positiva ante la propia vida. Eres un ser vivo y la propia vida se basta. Si además logramos dotarla de un sentido que nos trascienda, mejor; pero, con frecuencia, la excesiva preocupación por lograr grandes metas nos paraliza, centramos nuestra atención en la ingente dificultad que supone,

nos cuestionamos continuamente nuestra capacidad para lograr los proyectos soñados, y acabamos negándonos a nosotros mismos la posibilidad de avanzar. Es como si alguno de nosotros, obsesionado por cometer errores, dejara de hablar: dejaría de cometer errores, cierto, pero se estaría negando a sí mismo la posibilidad de avanzar, de mejorar, de comunicar, de ser. En nuestra cultura consideramos la vida como un medio para alcanzar un fin, cuando es el medio y el fin en sí mismo. Vives para vivir, eso en primer lugar; y, ya que estás aquí, a ver qué más se puede hacer.

En lingüística hay una escuela llamada funcionalista, afirma que lo importante es observar cómo funciona algo: si algo funciona sirve, si no funciona no sirve, y aquello que no sirve acaba por desaparecer. El ser humano es un ser consciente que se define por sus actos. La continuidad en el tiempo de los mismos determina una historia, la novela de nuestra vida, y de nada nos sirve ignorarlo, negarlo o mirar hacia otra parte. El día sigue a la noche, los días se suceden y los años pasan, entiendas o no el sentido de tu propia novela. Mientras hay vida, el relato continúa y cada nuevo acontecimiento es una aventura que puede ofrecernos claves de nuestro pasado, arrojar una nueva luz sobre los personajes de nuestra vida o modificar el futuro. Mientras vivimos, escribimos nuestro relato, no lo puedes evitar aunque no comprendas cómo funciona esto. Todos sentimos en algún momento de nuestra vida la tentación de gritar aquello de: «¡Que se pare el mundo, que me bajo!», pero no es una opción. ¿Os imagináis que no os subáis en el coche porque no comprendéis cómo funciona el motor?; ¿os imagináis que no habláis por teléfono porque no entendéis su tecnología?; ¿conocéis a alguien que no hable porque desconozca la gramática? Sin embargo, ¿a cuántos conocéis que no avanzan en su vida quejándose de su mala suerte?; ¿a cuántos que por miedo a equivocarse no toman decisiones?;

¿a cuántos que se pasan el día culpando a los demás de su desgracia? Tienes que pasar a la acción. El mejor momento es ahora, porque siempre es ahora. El movimiento se demuestra andando. Por mucho miedo que sientas, la vida se basta a sí misma; si te centras exclusivamente en el miedo, será esa la novela que estés escribiendo, pero no por eso podrás evitar que tu historia continúe atada inexorablemente al carro del tiempo.

Y ALGUIEN ESTÁ YA LEYENDO LO QUE ESCRIBES

Tal y como Manuel Pimentel afirma en *El libro de la escritura vital*, somos lo que hacemos. O dicho de otro modo, no me cuentes lo que tu novela quiere decir, deja que la lea. Si la novela es buena, lo que querías decir estará escrito, lo que no esté escrito no existe. También lo afirmaba Jean Paul Sartre, para quien «la existencia precede a la esencia». El hombre no tiene una esencia predeterminada como un «plato» («parte de la vajilla que usamos para comer»). Un plato es eso y no puede ser otra cosa. Para Sartre somos indeterminados porque somos libres, lo que nos permite reinventarnos a nosotros mismos en cualquier momento. Simplemente, podemos dejar de ser lo que éramos para ser otra cosa. Yo soy un profesor porque actúo como un profesor y los demás me reconocen y me tratan como tal, pero podría ser cualquier otra cosa —tendero, deportista, militar, agente...— y tomar la decisión en cualquier momento. Quizá se le escapa a nuestro filósofo que es precisamente la libertad tu esencia humana, pero acierta en que los actos son el camino que ofreces a los demás para comprenderte.

Nos definen nuestros actos y actuamos por y para nosotros

mismos, pero interactuamos con los demás y nuestros actos influyen en nuestro entorno. Esto eleva al nivel primordial la dimensión social del ser humano. Nacemos en el seno de una familia, de un colectivo, de una ciudad, de una región, de un país, de una comunidad que condiciona nuestros valores, nuestra realidad externa y nuestros mecanismos de relación. La lengua es el medio a través del cual nos integramos en estos círculos de menos a más: primero aprendes a relacionarte con tu entorno inmediato, la familia; más tarde, con un entorno externo próximo, el colegio, y de ahí, con el entorno externo amplio, tu comunidad (ciudad/país), y con el remoto, la comunidad en general (el mundo). Cada una de ellas en un estadio de tu vida más amplio en el tiempo cuanto más amplio es el círculo cuyo aprendizaje tratamos de desarrollar. Nuestra lengua, al ser el modo de comunicación que aprendemos desde la infancia, va a condicionar desde la forma de percibir la realidad, a la forma de definir y comprender nuestro complejo mundo interior, nuestras emociones. Para el filósofo estadounidense W.V.O. Quine, la realidad tal y como la vemos es fruto de nuestra lengua nativa, ella nos dibuja en la mente un marco de referencia tan fuerte que no podremos abandonarlo en nuestras vidas. Así pues, la forma de relacionarnos con los demás, definirnos como protagonistas de nuestra propia novela vital y la destreza necesaria para escribir correctamente nuestra propia historia, dependerá en buena medida de un buen aprendizaje de la gramática vital en cada una de las fases que se desarrollan a lo largo de nuestra vida.

TODO INICIO ES DIFÍCIL, TODO CAMBIO TAMBIÉN, PERO SIN TENSIÓN NO HAY MOVIMIENTO

Séneca opinaba que «No nos atrevemos porque las cosas sean difíciles, sino que son difíciles porque no nos atrevemos». Mucho tiene que ver el valor con el arte de vencer las dificultades, pero yo prefiero reflexionar también sobre las circunstancias y tratar de comprender dónde reside la dificultad en la ejecución de nuestros actos .

Para comprender por qué todo nos parece tan difícil te voy a poner un ejemplo. Estás frente a una mesa de billar americano. Tienes ante ti el triángulo de bolas perfectamente alineado. Empújalo con las dos manos, con fuerza. ¿Qué ocurre con las bolas? Se ponen en movimiento, se rozan entre sí, cada roce modifica su trayectoria en la mesa, chocan unas y otras, rebotan en la banda y siguen chocando, ahora algunas bolas de las que regresan chocan con las que aún van, las fuerzas se contraponen y se anulan unas a otras, esas quedan inmóviles o se deslizan mucho más lentamente a partir de ese momento, las demás siguen avanzando, rozando, chocando, modificando continuamente su trayectoria sobre la mesa. Tus intenciones y tus proyectos tienen que interactuar con las intenciones y los proyectos de los demás. El que tú continúes tu trayectoria puede que impida que otro la alcance. El choque es inevitable. La modificación de trayectoria también. Piensa ahora que has decidido preparar unas oposiciones. Llega el día y te presentas al examen. Junto a ti hay sentadas trescientas veinticuatro personas. Muy bien. Ya tenemos las bolas en la mesa. Tu éxito depende de ti, pero también de la preparación de los demás. Conoces a un chico que te gusta y le pides salir. ¿Cuál es la trayectoria del chico? El resultado del proyecto que acabas de

emprender dependerá de que tú le gustes también o de que a él le apetezca, en ese momento, iniciar una relación contigo. Las bolas se ponen en movimiento. El resultado, por la cantidad de variables posibles, siempre es incierto.

En la novela de tu vida, rara vez navegarás con el viento siempre de cola. Si tenemos un puerto al que dirigirnos, ya tenemos mucho, un destino consciente. Pero sabemos que vendrán tormentas, que el aire dejará de soplar y lo que esperábamos recorrer en una jornada, se hará en dos o en tres, y también sabemos que muchas veces, cuando llegamos al puerto soñado, no encontramos el paisaje que había dibujado nuestra imaginación. Pocos autores lo han expresado con tanta destreza como Lope de Vega: «Alentó mi esperanza el mar, perdonola el viento, matola el puerto». La tensión es connatural a la propia existencia, y debemos aceptarla como motor del movimiento, y el movimiento es vida. El viento se produce por la tensión entre masas de aire frío y caliente. El nivelar las temperaturas obliga al movimiento. La inactividad es el prelude del esfuerzo: frustrante por cuanto nos impide una realización personal inmediata, pero necesaria e incluso imprescindible para fijar el rumbo de nuestra nave, especialmente en tiempos de tormenta. Las circunstancias pueden obligarnos a dar un rodeo en lugar de seguir la línea recta, pero lo importante es fijar el rumbo y saber dónde queremos arribar. En esos momentos de calma tensa, ocúpate y multiplica tus posibilidades vitales. Recuerda que cuantas más opciones tengas, más posibilidades hay de elegir la más adecuada en cada momento, las relaciones paradigmáticas condicionan la elección de tu realidad en función de los elementos de que dispones para elegir.

Siempre es difícil empezar a escribir una novela. Es el pánico escénico, el miedo a emborronar el primer folio sin decir nada útil, el miedo al ridículo. Sencillamente, no sabemos por dónde

empezar. Cada año, a principio de curso, cuando mando la primera redacción, tiene lugar la misma escena. El alumno se queda con el bolígrafo en la mano, mirando al techo. «¿Qué te ocurre?», pregunto. «Que no sé cómo empezar», me comenta entre tímido y desafiante. «Yo te ayudo», le respondo. «A ver, escribe: ‘Tengo un nuevo profesor de Lengua que se ha empeñado en que escriba una redacción contándole quién soy y qué quiero conseguir este año. No tengo ni idea de por donde empezar...’ Y a partir de ahí, continúa». La experiencia me demuestra que, invariablemente, una vez que empiezan ya continúan por sí mismos. Comienza a vivir, actúa y preocúpate de las dificultades cuando lleguen. La práctica y la experiencia harán el resto.

LA CULTURA MULTIPLICA TUS POSIBILIDADES: PERO, ¿QUÉ ES UNA PERSONA CULTA?

Debemos ahora recordar una idea muy importante que interesa subrayar: dado que el fin de la lengua es la comunicación, *el hablante culto será aquel que sepa adecuar mejor su registro idiomático al interlocutor y la situación en que se halla*. La persona culta es quien sabe cambiar del registro culto, al coloquial, al familiar o, incluso, al vulgar, cuando el interlocutor y la situación de comunicación así lo exijan, para facilitar la comunicación. ¿Os imagináis a alguien que siempre hablara en un registro culto? Diríamos de él que es un pedante. Cuando se encontrara ante un grupo de personas con un nivel cultural inferior, no lo entenderían porque emplearía palabras para ellos desconocidas. ¿Os imagináis a un ministro dirigiéndose al Parlamento usando un registro coloquial o regional? El hecho de que los

receptores del mensaje tengan distinta procedencia geográfica dificultaría enormemente la posible comprensión del mensaje, por mucho que nos guste nuestro acento, sería una incorrección y una muestra de incultura o de idiotez.

Como sucede con la lengua, nuestros actos también obedecen a unos registros determinados y se mueven por unas reglas que nos vienen dadas. Cuando hablas, lo haces para que los demás comprendan lo que dices; cuando actúas, lo haces para que los demás comprendan lo que haces: ¿Os imagináis ahora a alguien que fuera con chaqueta y corbata a una comida campestre o a participar en una prueba deportiva porque él siempre va de chaqueta? ¿Os imagináis a alguien que acudiera en bañador a clase? Seremos tanto más cultos, tendremos tantas más posibilidades de éxito en la comunicación en la medida en que seamos capaces de dominar un mayor número de registros y emplearlos adecuadamente.

Todos conocemos a personas que afirman que ellos hablan como hablan, que los demás son los que tienen que esforzarse en entenderlos. Defienden que quienes cambian de registro son unos hipócritas porque se avergüenzan de su procedencia. Pero usamos unos alicates para clavar una puntilla cuando no tenemos un martillo; lo normal es que si disponemos de una buena caja de herramientas, usemos la más adecuada para el trabajo que vayamos a realizar y, para clavar una puntilla, la herramienta ideal es un martillo; ¿cómo vamos a pensar en que estamos traicionando a nuestros alicates? Me contaba un doctor en medicina, especialista en Oncología, que empezó su discurso en un Congreso disculpándose por su pobre inglés; al tratarse de una conferencia internacional había preparado su ponencia en esta lengua. Cuando terminó, se le acercó un asistente japonés y, tras saludarlo, le pidió que nunca más se disculpara por su inglés, que eran los demás quienes debían

agradecerle el esfuerzo realizado para que pudieran entenderse sin que la lengua supusiera un obstáculo. Pues eso.

El caso contrario es el de un profesor de Lengua Española —que no andaluz— natural de un pueblo de la provincia de Córdoba caracterizado por un acento muy cerrado, incluso difícil de entender para los demás cordobeses. En un Simposio de Lingüística celebrado en Sevilla, expuso una ponencia sobre el léxico en una zona determinada de la provincia. Al finalizar su disertación se elevó una mano al final de la sala. Empezó disculpándose porque no había entendido nada de lo que había dicho el ponente, su intervención no iba sobre el contenido de la charla. Se identificó como catedrático de Fonética y Fonología de la Universidad de Barcelona y lo que quería era llevarse una grabación, un registro, con la forma de hablar de nuestro insigne profesor para estudiarla en su Universidad. ¿De qué te sirve toda la ciencia y el conocimiento si eres incapaz de comunicarlo cuando quieres?

Si una persona se encierra en la idea de que es lo que es, que no tiene por qué cambiar y los demás son los que tienen la obligación de aceptarlo tal cual, veo una persona que se impide a sí misma muchas posibilidades vitales. Está limitando sus opciones a quienes lo aceptan porque lo comprenden; los demás, al no comprenderlo no pueden entrar en si lo aceptan o no, sencillamente no lo entienden. Es como si has nacido en un barrio marginal, tu registro familiar es un registro vulgar, y te empeñas en que como eres así, que el mundo te acepte ¿crees que alguien te contrataría para marketing telefónico? ¿Cómo comercial en una empresa? ¿Cómo dependiente en una tienda de ropa? Es muy posible que estos puestos de trabajo requieran de una empatía que tú no puedes ofrecer por permanecer fiel a unos principios —los que te han tocado por nacimiento, primero, pero también porque tú mismo los has elegido, después— que te están anclando a tu lugar de

origen, que te impiden iniciar siquiera la aventura de explorar otras posibilidades. Si tú mismo no te esfuerzas para adaptarte, comprender, aceptar y dominar otras realidades distintas a la tuya propia, ¿por qué exiges que los demás lo hagan por ti?

Un pensador americano, también poeta, el estadounidense Ralph Waldo Emerson (1803-1882) decía con toda humildad: «Todo hombre que conozco es superior a mí en algún sentido. En ese sentido aprendo de él». La vida es un camino de aprendizaje permanente, y con cada aprendizaje modificas el ser. ¿Qué menos que mantener la mente abierta para captar todo aquello que te pueda ser útil desde la experiencia?

Es tan importante esta idea que me gustaría rematarla para que no te quepa la más mínima duda sobre la actitud abierta de aprendizaje que debemos mantener a lo largo de toda la vida. Imagina ahora que te comunico que vas a salir de viaje, que te prepares.

- ¿Qué significa que me prepare?
- Pues que hagas las maletas para estar listo y salir cuando se te diga.
- ¿Cuándo salgo?
- No lo sé, a partir de ahora, en cualquier momento.
- ¿Y dónde tengo que ir?.
- No lo sé, puedes ir a cualquier parte del mundo.
- ¿Y cómo sé si echar ropa de verano o de invierno?
- Pues ante la duda, procura llevar de las dos.
- ¿Y cuánto tiempo voy a estar de viaje?
- No lo sé.
- ¿Pero entonces, cómo sé la cantidad de cosas que debo llevarme?
- No lo sé tampoco, lo que sí sé es que puedes llevar contigo todas las maletas que quieras, en eso no tendrás problema.

- ¿Y tendré comida y bebida donde vaya?
- No lo sé, yo que tú procurarías llevar también comida y bebida por si acaso.

Ante esta perspectiva, ¿tú qué harías? Te quedarías tan tranquilo esperando a que te avisen, o empezarías a hacer acopio de todo lo imaginable que pudieras necesitar en cualquier circunstancia. Lo más lógico sería darse toda la prisa posible y hacer acopio de ropa y alimentos, cuantos más mejor. Tratarías de asegurarte tu subsistencia en cualquier circunstancia que te toque en tu lugar de destino.

Ya habrás adivinado que el viaje es la propia vida. Vives bajo el techo protector de tu familia, te quiere, te viste y te alimenta, pero realmente no sabes cuándo vas a empezar tu propio viaje. Un accidente, en cualquier momento, puede dejarte sin padres y arrojarte a una vida sin paracaídas. En ese instante, sólo tendrás contigo lo que hayas echado en la mochila. Cada oficio que hayas aprendido, cada carrera que hayas estudiado, cada experiencia que hayas aprovechado, cada amigo que hayas conocido, serán tus armas y tus herramientas para la supervivencia. Por eso no debemos dejar pasar la oportunidad de conocer, aprender y comprender todo y a todos los que podamos, sin restringirnos mentalmente. Si no has llenado tu maleta cuando llegue el momento, puede que te toque la lotería, pero lo más probable es que lo pases mal, muy mal. Y, si hay algo seguro, es que el momento de emprender el viaje llega. Nos llega a todos.

Ese rechazo a alcanzar una meta —desempeñar un trabajo, aprender un oficio, estudiar una carrera, aceptar como posibles amigos a personas que no forman parte de tu grupo— esconde con mucha frecuencia nuestra inseguridad en nosotros mismos o nuestra conciencia de no ser capaces de alcanzar un objetivo

que nos resulta deseable. Cuando la zorra vio las uvas trató de alcanzarlas. Tras tres intentos, después de comprobar que era incapaz de llegar hasta ellas, se dio media vuelta muy digna y dijo: «¡Bah! Están verdes, no las quiero!». Don Juan Manuel, en *El Conde Lucanor*, nos lo deja muy claro en esta fábula: con demasiada frecuencia, despreciamos lo que deseamos para ocultarnos nuestra incapacidad de alcanzarlo. Lo cual no tiene por qué ser malo; todos necesitamos respetarnos a nosotros mismos y nos resulta más ventajoso para nuestra autoestima convertir en verdes las uvas que aceptar nuestras limitaciones; es más útil para mí pensar que la chica es una engreída que no me interesa que aceptar que no soy una persona atractiva. El hecho en sí, es normal. Lo penoso, lo que debemos evitar, lo que no te puedes ni debes consentir es no volver a saltar, porque entonces te habrás convertido en un elefante de circo.

Cuenta la anécdota que un día llegó un circo a la ciudad y levantó la carpa en la explanada que había frente a la casa. Desde la ventana, veían unos hermanos cómo se realizaban los trabajos y estaban admirados de la fuerza que desarrollaba el elefante transportando fardos, mástiles y tirando de las cuerdas. Finalizados los trabajos, quedó el elefante en un rincón de la explanada encadenado a una pequeña estaca. A la hermana le llamó la atención cómo un animal tan fuerte pudiera quedar encadenado por un palo tan pequeño. Un solo tirón de su pata y se libraría, eso seguro; pero, ¿por qué no lo hacía? Cuando sus padres los llevaron al circo, se acercó al elefante y allí estaba su cuidador echándole algo de comida y rellenándole el balde de agua. La niña no pudo contener su curiosidad y preguntó: «¿Cómo es que un animal tan fuerte no arranca la estaca a la que lo encadenáis?». Verás —respondió el cuidador—, es muy sencillo. Cuando es pequeño lo encadenamos a la estaca. Entonces no tiene fuerza suficiente y lo intenta y lo intenta sin conseguirlo. De esa forma se convence de que no tiene sufi-

ciente fuerza para arrancarlo y deja de intentarlo. Y como está convencido ya no lo intenta más. Por eso se queda prisionero con toda su fuerza de una estaca tan pequeña.

Desgraciadamente conozco a muchos elefantes de circo, personas con un potencial maravilloso, con unas capacidades asombrosas, con una inteligencia aguda, que se han estancado ante una dificultad que en su día no lograron superar, y desde ese momento dejaron de intentarlo. Aunque se lo digas, no te escuchan porque mantienen vivo en su recuerdo el fracaso, y porque están convencidos de su incapacidad, son incapaces. ¿Eres tú un elefante de circo? ¿Eres una zorra digna que rechaza las uvas verdes? ¿O sigues queriendo comer uvas? Pero no todo depende de ti. Para poder actuar, comunicarte con los demás, tienes que conocer las reglas de juego. Esas reglas de juego te vienen dadas desde que naces por la familia, el entorno, la cultura a la que perteneces. No estás jugando en solitario. Tus posibilidades no dependen exclusivamente de tu valor, de tu ánimo o de tu esfuerzo y constancia. También dependerán de que seas capaz de comprender y jugar con las leyes que rigen tu comunidad.

LA SOCIEDAD IMPONE SUS NORMAS, TÚ DECIDES TUS ACTOS

Todos los seres vivos nacemos con la capacidad de vivir, y sobrevivir en nuestro entorno. Somos el resultado de 2,5 millones de años de selección genética: nacemos con unos pulmones que nos permitirán respirar y articulaciones, huesos y músculos, que nos van a proporcionar la capacidad motora; los sentidos, que nos permiten percibir e interpretar el mundo exterior... Esa capacidad innata se desarrolla en una vida concreta y,

junto con la lengua (española o esquimal, inglesa o árabe) aprendemos una forma de vivir que se regirá por unas normas aceptadas e impuestas socialmente que debemos conocer y dominar para poder comunicarnos con el entorno. Ludwig Wittgenstein (Viena) llegó a afirmar que «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo». El niño aprende, junto con la lengua, lo que su entorno y su sociedad entiende que es justo o injusto, noble o despreciable, qué actos se consideran loables y cuáles detestables, condicionando de esta forma una manera peculiar de expresarse y sentir las experiencias que le acompañarán el resto de su vida.

Junto con la lengua española, el niño en el sur de España aprenderá que los caracoles son comestibles, en cambio, considerará repulsivo comer pescado crudo. El niño japonés aprenderá que el pescado crudo es un manjar, pero no considerará los caracoles como algo comestible. Ni el español ni el japonés comparten el criterio tailandés de considerar los saltamontes como comida. Si descubrimos a una mujer china desnuda, el pudor la llevará probablemente a taparse los tobillos. En cambio, una mujer árabe ocultaría su rostro, mientras que una occidental se taparía el pecho y el pubis. Estas diferencias son tan evidentes como el hecho de que una de ellas habla árabe, otra chino y otra español. Estos valores tienen un carácter social y se transmiten de padres a hijos junto con la lengua heredada de los ancestros, que constituye el vehículo prioritario de relación social.

A lo largo de tu vida podrás aplicar tu lenguaje, tu capacidad innata de comunicarte, al aprendizaje de otras lenguas, y llegar a dominarlas como tu propia lengua materna, de la misma forma que puedes sumergirte en otras culturas hasta el punto de sentir las como la propia. La capacidad con la que nacemos es innata, la aplicación práctica que desarrollamos a lo largo de la vida nos viene primero impuesta y en ella te desenvolverás

probablemente; pero no olvides que tienes, como ser humano, la capacidad de elegir siempre en función de las circunstancias que te sean dadas. De la misma forma que si nos vemos obligados a emigrar aprendemos la lengua del país de acogida para relacionarnos y poder desenvolvernos con los demás, también asimilaremos y comprenderemos distintas formas de sentir y percibir la realidad, distintas costumbres y escalas de valores que son peculiares y facilitan nuestra convivencia y relación diaria.

Según el mismo Wittgenstein, «El significado de las palabras está en cómo funcionan en su contexto, lo que siempre será un reflejo de la forma de vida de los hablantes. Una proposición será absurda si se usa fuera del juego del lenguaje que le es propia». Y, en efecto, dime si al saludarse dos hombres se besan o no, se dan la mano o no y, en el caso de que se besen, dónde se besan y cuántos besos se dan en el saludo. Se trata de una costumbre ritual pero que marca fronteras culturales por hábitos. Un japonés no nos daría la mano, y nos saludaría con una inclinación de cabeza. Un español daría la mano, pero no un beso salvo que fuera un saludo de confianza ante una mujer. El beso, como forma de saludo, está aceptado en la cultura árabe donde se besan hasta tres veces. En la cultura rusa se incluye en el saludo el beso en los labios incluso entre varones. Ninguna fórmula es mejor que otra, son normas establecidas de buen uso social, normas de distintos sistemas de comunicación asentadas por la costumbre, y su conocimiento y aplicación nos facilitará la relación con las distintas culturas. El español no se cuestiona si el saludo con la mano es mejor o peor que cualquier otro, simplemente lo aprende y lo aplica como norma. Tampoco se cuestiona cuando nace si prefiere aprender la lengua española o la inglesa, simplemente habla y actúa como se hace en su casa, como lo hacen sus padres. Para Wittgenstein, lo que nos puede poner en dificultades es salu-

dar en Japón a un japonés dándole un beso en la boca. Estoy de acuerdo, ¿tú no? Es cierto que ninguna norma es mejor que otra y todas son producto de un acuerdo social y cultural. Pero conocer y aplicar las normas del sistema en que te desenvuelves te puede facilitar la vida ahorrándote muchos problemas. Y, a partir de ahí, sé tú mismo.

TODO CAMBIA CON EL TIEMPO: SABER ADAPTARSE

Este sistema de normas sociales que aprendes desde que naces es una constante que nos viene impuesta. Sin embargo, no es algo inamovible. Como sucede en la lengua, continuamente están apareciendo palabras nuevas, nuevas prácticas. Somos tantos hablantes que producimos constantes variaciones. Somos tantos seres viviendo al mismo tiempo que cada uno vive a su manera, y esa manera no tiene que adecuarse necesariamente a la norma establecida. Algunas variaciones llegan a tener aceptación social: nombran una realidad nueva, es una variación más o menos agradable o, sencillamente, ha caído en gracia porque el prestigio social del hablante tiene una fuerte ascendencia sobre el grupo social, porque es ocurrente, tremendamente descriptivo, etc. Sucedió, por ejemplo, con la palabra «sandwich», que a diferencia del «bocadillo» tradicional se elabora con pan de molde. Suponía una realidad nueva que tuvo su origen en el siglo XVIII en Inglaterra. Según parece, John Montagu, IV conde de Sandwich, era muy aficionado a las cartas, y esta forma de preparar el refrigerio le permitía comer sin levantarse de la mesa de juego ni manchar las cartas. El prestigio social del personaje puso de moda el invento entre la aristocracia inglesa y pronto fue aceptada como norma social en Reino Unido.

Piensa ahora en cada nueva realidad que aparece. Las normas parecen ser siempre las mismas pero están continuamente en movimiento. Hace treinta años irrumpieron los ordenadores en nuestras vidas, su capacidad como herramienta de trabajo estaba clara. ¿Crees que no han modificado las normas sociales? Piensa ahora en la irrupción de la televisión a partir de mediados del siglo XX: ¿crees que no trajo consigo variaciones en usos y costumbres?

Mi abuelo Enrique me contaba que, allá por 1910, fingía peleas con otros niños para revolcarse por el suelo y así ver los tobillos de las señoras cuando subían o bajaban de los carruajes. Entonces, el que una mujer mostrara sus tobillos era considerado inmoral. Desde aquellos usos sociales a los que hoy vivimos, podemos observar hasta qué punto lo que es considerado correcto o incorrecto, las reglas sociales, ha evolucionado. Hoy nadie juzga inmoral el que una chica lleve minifalda o que fume o que entre sola a un bar. El sistema vital evoluciona y cada generación va aportando nuevos usos que le permiten adaptarse a la sociedad, el tiempo y las circunstancias que toca vivir. Y, sin embargo, a nadie, individualmente, nos es dado cambiar estos usos. Y estos usos se extienden a todos los ámbitos de nuestra vida.

ERES LIBRE, PERO ESTÁS CONDENADO A ENTENDERTE

Esto no quiere decir que no tengamos libertad para elegir nuestras prácticas individuales. La madre le dijo a Caperucita «No te apartes del camino». Caperucita decidió hacerlo, el porqué ahora no importa. Contravino una norma porque podía hacerlo, siempre es una opción. Eres libre.

De igual modo, nuestra forma de vestir es un acto individual, en cualquier momento podemos decidir usar un chándal por ser una prenda más cómoda, nadie nos lo va a impedir. El problema está en que lo usemos como prenda para asistir a una boda, o a una Primera Comunión, o a una entrega de premios, en definitiva, a un acto solemne; ¿por qué no lo hacemos? Sencillamente porque contraviene los usos sociales establecidos según los cuales el chándal no es una prenda para vestir de etiqueta. El hacerlo supondría un uso difícilmente entendible para quienes te invitaron al acto o para el resto de los asistentes. Es una anomalía. Como ocurre con nuestra forma de hablar, con la lengua, el uso que hacemos de las normas colectivas es individual, pero vivimos en una sociedad con la que nos relacionamos permanentemente en cada uno de nuestros actos y que sostiene una serie de claves que tendremos que conocer y respetar si queremos interactuar con ella. Aunque el rechazo a las normas sociales es otra forma de comunicación: el dadaísmo, el dandismo, la bohemia, el romanticismo liberal, o el movimiento punk más recientemente, podrían ser ejemplos. Esa será una de nuestras posibles opciones, una decisión individual que comportará sus reacciones y consecuencias en la trama de nuestra novela vital. Resulta curioso que un chico «punky» se me quejara de la intolerancia de la sociedad, de que la gente no lo aceptara como es. Y digo que resulta curioso porque el movimiento «punk» nació como movimiento de rechazo a la burguesía. Con su aspecto pretendían producir en la sociedad burguesa el mismo «asco» que a ellos les produce ese modelo social, de ahí su apariencia desaseada, su pelo, sus tatuajes, su vestimenta, sus chapas, cadenas, tornillos y piercings, ¿cómo puedes quejarte de intolerancia ni de rechazo social cuando has elegido conscientemente una estética para provocar el rechazo por tu propia intolerancia?

Sobre las normas de carácter general, hemos de superponer

los usos locales. La norma nos dice que el español distingue la «s» de la «z», en cambio el uso local en buena parte de Andalucía occidental es que se habla con la «z». Córdoba, en Andalucía, es conocida entre otras cosas por ser cuna de grandes toreros. Cuenta una tradición que uno de ellos, Rafael «El Guerra», fue invitado a una fiesta en el palacio de Moratalla (Posadas, Córdoba) por el entonces rey de España Alfonso XIII. La invitación indicaba expresamente que era una recepción de «gala». El torero se presentó vestido con un traje corto negro, caireles de plata, camisa con chorreras, fajín rojo, botín de cuero brillante y sombrero de fieltro cordobés a juego. El mayordomo no lo dejaba pasar: «¿Por qué? Hay que vestir de gala. Pues dígale al Rey que está aquí El Guerra, que él sabe de la gala de esta tierra». El Rey rio la ocurrencia y, por supuesto, pasó con su traje de gala cordobesa. Los usos locales existen y están ahí, a una sevillana no se le ocurriría ir a la feria con un vestido de fallera, como tampoco a una valenciana se le ocurriría acudir a las fallas vestida con un traje de faralaes. Esto ni es bueno ni es malo: es así. Como también lo es que a cualquiera de las dos no le apeteciera participar de estos usos ni vestirse de traje típico para asistir a una fiesta.

Observa que vives en sociedad y estás interactuando con los demás desde que naces. El conocer las normas que rigen esta sociedad te ayudará a actuar sobre la realidad que te ha tocado vivir. Puedes estar de acuerdo o no con ellos, puedes intentar cambiarlos, puedes aceptarlos y defenderlos. Pero no puedes ignorarlos porque de ellos dependerá en buena medida tu capacidad de relación con el entorno, tus circunstancias. De cualquier forma, cuentan que en la recepción de antes, Alfonso XIII presentó al torero al gran filósofo español Ortega y Gasset. Hechas las presentaciones, El Guerra preguntó a Ortega: «Y usted, ¿a qué se dedica?» Al oír «Soy filósofo», se volvió hacia

el Rey y le comentó como si tal cosa: «¡Ohú! Hay gente para todo, ¿verdad?!».

¿DE VERDAD CREEES QUE TODO DEPENDE DE LA SUERTE? (LA LENGUA COMO SISTEMA)

Decíamos al principio que nuestros actos no son fruto de la casualidad, del azar. Lo que hacemos en el día a día guarda una estrecha relación con los actos que hemos venido realizando a lo largo de nuestra vida, actos que han sido fruto de decisiones más o menos conscientes y que van a determinar las posibilidades futuras. O lo que es lo mismo, los actos que realizamos mantienen entre sí una relación íntima, constituyen un sistema. Para comprender mejor el concepto de lo que es un sistema, observa estos dos casos: coge un puñado de garbanzos y arrójalos sobre una mesa; ahora haz un castillo de naipes. En ambos casos, tienes un conjunto de elementos (garbanzos/naipes). ¿Observas alguna diferencia? Hay una diferencia esencial: en un caso, el castillo de naipes, estoy ante un conjunto de elementos que forman parte de un sistema. En el otro, los garbanzos, no. Hablamos de sistema cuando los elementos que lo integran se relacionan entre sí. Una relación estrecha, como la de los naipes. Si quito un solo elemento del conjunto, el castillo se cae. En los garbanzos, puedo quitar uno o diez y seguiré teniendo un puñado de elementos inconexos.

Si observas atentamente, verás que en cualquier sistema, los elementos que se utilizan no aparecen de forma aislada, sino en combinación con otros elementos. Es esta relación la que define y da sentido a cada uno de los signos en cada una de las partes del sistema: fonología, morfología o sintaxis.

Como ocurre en la lengua, tu vida también es un sistema, está compuesta de unidades que guardan entre sí relaciones que tienen un valor dado, pero... ¿qué valor? El valor que tiene cualquier acto vendrá determinado por su relación con el conjunto de actos posibles en el espacio y reales en el tiempo. Veamos un ejemplo:

Estamos en una fiesta y ves a alguien que te resulta atractivo. Vas a dar un paso e intentar iniciar una relación con esa persona. ¿Cuál es valor real de la acción que planeas? ¿Es la chica que más te gusta o que más te interesa conocer? Para saberlo tienes que tener en cuenta dos perspectivas, una horizontal y otra vertical. La perspectiva horizontal es la que te muestra el valor de esa posible decisión como una opción entre las demás que tienes en ese momento. Para saber si es la opción más acertada, antes mira detenidamente las demás opciones que hay, qué otras personas están en ese momento en la fiesta. Puede que en la misma reunión haya alguien que te resulte aún más atractivo y no lo hayas visto. Sópésalo y cuando estés seguro, actúa. El valor de una decisión hay que medirlo en primer lugar como la opción más acertada y ventajosa entre las que puedas adoptar en un momento dado. En la frase «He comprado una silla», el significado de «silla» se obtiene por su relación con otras palabras que podrías haber usado en su lugar (sillón, diván, taburete, banco, banqueta). Has usado correctamente la palabra «silla» precisamente porque conoces las opciones y es la que más se ajusta al significado que quieres transmitir. De la misma forma, un empresario obtiene un balance negativo en la gestión de un mes. Decide reducir gastos, reducir plantilla. Es una decisión lógica, pero para saber si es la decisión más acertada tendrá que sopesar las posibles opciones que puede adoptar en ese momento y en esas circunstancias. Otra opción podría ser reducir el estocaje de almacén; otra podría ser suprimir los gastos relativos a publicidad o el

renegociar los gastos financieros de la empresa. La decisión más acertada dependerá de la empresa en sí, de sus circunstancias, de su tesorería, de su capacidad de endeudamiento. Lo que está claro, sin que tengamos que ser personas de empresa, es que si no sopesas las opciones posibles nunca estarás seguro de haber decidido la más ventajosa y en las empresas, como en la vida, los errores se pagan.

La segunda perspectiva que dará valor a tu decisión es la vertical. El valor de un acto tiene que medirse en relación con los actos anteriores y con los posteriores. Estás enamorado de otra persona con quien mantienes una relación, o no estás comprometido y te apetece conocer a otras personas. Cualquiera de las dos circunstancias llenará de distinto valor y significado el acto que estás a punto de emprender. Si ya mantienes una relación estable e inicias una nueva, asumes la posibilidad de recomponer tu historia, romper con quien mantenías esa relación afectiva. Si no es así, se trata de una exploración hacia una nueva experiencia que te apetece sin que haya nada que contrapesa tu decisión. En el caso de la empresa, habrá que calibrar sus antecedentes y su proyección futura, que las pérdidas sean coyunturales o estructurales. Si tenemos un negocio de temporada, por ejemplo, una heladería, partimos del hecho de que los meses de invierno no son productivos, es una circunstancia que ya debe estar prevista. Si las pérdidas se deben a una inversión realizada que reportará un aumento de los ingresos a medio plazo, también es una circunstancia asumible y previsible que no debe llevarnos a modificar nuestras previsiones de empresa. Si obedece a un descenso de ventas por causa de la crisis y no sabemos cuándo se va a producir el punto de inflexión, hay que tomar medidas.

Aunque dicho así suena fácil, no lo es. Estas relaciones horizontales y verticales —paradigmáticas y sintagmáticas, diríamos los lingüistas— afectan a todas nuestras decisiones,

nuestros actos y condicionan necesariamente nuestro futuro. Has acabado Segundo de Bachillerato, tienes dos caminos delante que has conquistado con tus acciones previas —has tenido que estudiar y aprobar todos y cada uno de los cursos anteriores, relaciones verticales—: puedes estudiar una carrera o no hacerlo e integrarte en el mundo laboral —ya estamos mirando la reunión y sopesando opciones, relaciones horizontales—. ¿Qué decides? Si has llegado hasta aquí es muy probable que quieras estudiar una carrera universitaria, pero ¿cuál? Nuevamente las opciones se multiplican. Lo que está claro es que cada decisión que tomas, condiciona tus actos inmediatos y remotos, tus posibilidades vitales. Siempre podrás recomponer tu decisión, arrepentirte y volver a empezar, o podrás intentarlo. Pero tendrá un coste: habrás perdido un año o dos de tu vida y de tu autoestima. Cuando vas de viaje en coche y te equivocas de carretera puedes rectificar. Tendrás que volver sobre tus pasos y retomar la ruta correcta. Te habrá costado tiempo, cansancio y gasolina. De ahí la importancia de la puesta en valor de nuestros propios actos.

Esta puesta en valor de los actos en relación vertical y horizontal afecta igualmente a la interpretación que hacemos de los actos de los demás.

Ahora vemos a un adulto gritando y zarandeando a un niño. Puede ser un caso de maltrato, pero también puede ser un hecho puntual y educativo —hay quien diría que nunca sería educativo, pero éste sería otro debate—; puede ser una manifestación de la aversión u odio que siente una persona adulta que de esta forma trata de anular a alguien imponiendo su fuerza y su autoridad, o puede ser una manifestación de la frustración nacida del amor. El que signifique lo primero o lo segundo dependerá del contexto, de que el hecho sea algo continuado y repetido entre personas que no guardan entre sí una relación de afecto, o el que sea un hecho concreto dirigido de una madre

hacia un hijo que trata de rectificar determinadas actitudes procurando su bien futuro. De ahí que las acciones, como los signos lingüísticos o los mensajes, deban ser interpretados en su contexto y la descontextualización de una afirmación o un acto, pueda ser, y de hecho lo es, fuente frecuente de malas interpretaciones o manipulaciones intencionadas. Por eso, nuestro Arcipreste de Hita nos aconsejaba: «De lo que oyeres, nada creyeres; y, aun de lo que vieres, la mitad creyeres». Tenemos tendencia a sacar conclusiones precipitadas cuando casi siempre nos faltan los datos necesarios e imprescindibles para poner en valor aquello que oímos o vemos.

Has faltado hoy al trabajo, ¿qué valor tiene el hecho en sí? Dependerá de tu trayectoria. Miro tu expediente y has faltado en contadas ocasiones, eres responsable, cumples con tus obligaciones. Siempre que has faltado anteriormente ha sido por una causa justificada. Me preocupo por ti, no por la falta sino por la causa, por aquello que te ha podido ocurrir. Si, en cambio, miro tu trayectoria y observo que faltas con frecuencia, que siempre tienes una excusa para justificarte, que aprovechas la mínima ocasión para incumplir... No me preocupo por ti, sino por mí y por la empresa. Estoy predispuesto a no creerte aunque la causa hoy haya sido justificada. Empiezo a pensar en el despido.

Nuestra vida se compone de actos, de unidades. Estas acciones tienen un valor de significado en nuestra propia existencia y tienen un valor de interpretación para quienes nos rodean. Comprender el valor real de cada uno de ellos es clave para el desarrollo de nuestras posibilidades vitales.